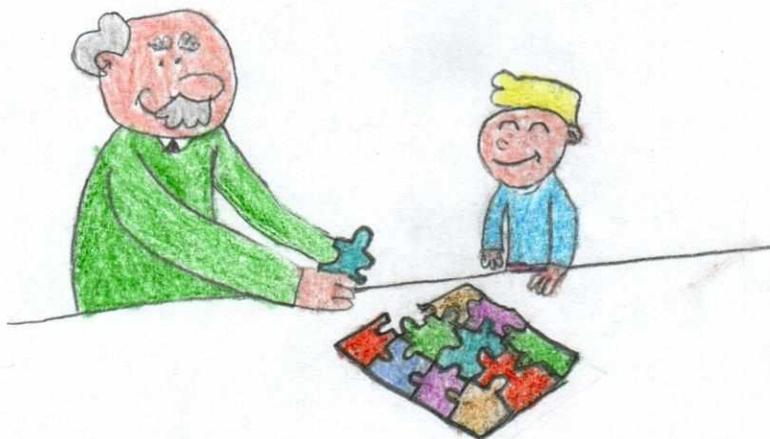


“TÚ, YO Y EL ALZHEIMER”

Érase una vez una familia normal, excepto por una persona: mi abuelo.

Me llamo Víctor y mi abuelo tiene Alzheimer. Hace ya varios años que padece esta enfermedad. Le intentamos “curar” a base de fotos, visitas a sus antiguos y ya mayores amigos y también con pequeños y divertidos juegos, pero no lo conseguimos.



Todo empezó cuando yo tenía 6 años. Mi abuelo iba siempre a recogerme al colegio. Después dábamos un paseo y luego volvíamos a casa. Pero un día no vino. Estuve esperándole tranquilamente, pensando que se habría retrasado un poco. Esperé y esperé, pero no aparecía por ningún lado. Al cuarto de hora me volví solo. Al llegar a mi casa, mi madre me dijo preocupada que había hablado por teléfono con Agustín (mi abuelo) y habían quedado, como todos los días, que me recogía en el colegio. Nada más terminar esa frase, fue directa al teléfono y llamó a casa de mis abuelos. Mi abuela, tranquilamente, cogió el teléfono para responder:

- ¿Sí?
- Ana, -dijo mi madre- ¿está ahí el abuelo?
- Hola Pilar, no está ¿Por qué? ¿Ha pasado algo?
- Acaba de llegar Víctor a casa y no estaba con él.
- Mantén la calma y vete con el niño a buscarle cerca del colegio, yo ahora voy -dijo mi abuela-.

Yo, sin entender nada, le pregunté a mi madre qué pasaba y ella me respondía con un rápido y lagrimoso "ahora te lo cuento".

Mientras bajábamos las escaleras del piso, mi madre me lo iba contando. Buscamos cerca del colegio, pero no lo encontramos. Al rato, lo vi en la puerta del instituto de al lado, esperando. Cuando nos acercamos, estaba muy tranquilo, como si nada acabara de ocurrir.

Al día siguiente lo llevaron mi madre y mi abuela Ana al médico para que le hiciera algunas pruebas. Estuvieron allí sentados casi tres horas y cuando les dieron los resultados de las pruebas, se llevaron (igual que yo cuando me contaron lo ocurrido), una terrible sorpresa al saber que le habían diagnosticado Alzheimer.

No le volvió a ocurrir nada hasta casi un año más tarde. Esa misma mañana, al despertarnos, nos llamó mi abuela con voz llorosa y, preocupados, le preguntamos qué le ocurría. No nos lo podíamos creer, el abuelo no estaba.



Enseguida salimos a buscarle y nos lo encontramos en el parque de mi pueblo, allí estaba, tan tranquilo como siempre.

Mi madre y mi abuela volvieron a llevarle al médico, pero esta vez les acompañé (mamá dijo que ya era mayor).

Desde ese día no le volvimos a dejar solo. Por las mañanas va a un centro donde le hacen un tratamiento de ejercicios para la memoria. Yo voy todas las tardes a merendar con él. Después de merendar le enseño fotos y recordamos los nombres de las personas y lugares que aparecen en ellas.

Ahora tengo 14 años y siempre que puedo paso un rato con él. Se le han olvidado muchas cosas, pero recuerda muchas otras. Cuando me ve llegar se pone muy contento y, aunque pasado poco rato de me vaya, se olvide de mí, yo siempre le querré y nunca me olvidaré de él.

FIN

Spock